

MARIA NIKOLAI

La mansión de los chocolates

LOS AÑOS INCIERTOS



Stuttgart, 1903. Como hija de un próspero fabricante de chocolate, no parece que el futuro de Judith Rothmann vaya a estar sometido a muchos sobresaltos. Lo que se espera de ella es un buen matrimonio e hijos que aseguren la continuidad familiar. Pero las previsiones son engañosas y el destino, imprevisible. La aspiración de Judith es tener un rol importante en la compañía, y casarse sin estar enamorada no entra en sus planes. Mientras tanto, Hélène, su madre, cansada de una ciudad y un marido que ahogan su espíritu libre y apasionado, sigue una cura de reposo a orillas del lago de Garda. Allí descubre que todavía está a tiempo de cambiar su anodina vida en Alemania por otra independiente y libre en Italia.

1

Chocolatería Bonnat en Voiron, Francia, principios de junio de 1936.

UN PROMETEDOR BAÑO de chocolate se derramó sobre el pálido bizcocho relleno de crema de vainilla y lo envolvió con una capa reluciente. Una vez frío, resultaría agradable y crujiente al primer mordisco, por eso era importante que la cobertura fuera finísima y se viera impecable, sin goterones ni irregularidades.

Con un pulso firme fruto de muchas horas de práctica, Viktoria recubrió un pastelito tras otro mientras observaba con gran concentración cómo la cobertura se repartía y el chocolate sobrante caía gota a gota. Para finalizar, decoró cada una de las piezas con mimo con una celosía de azúcar y una almendra y metió la bandeja de bocados deliciosos y únicos en el refrigerador. A la mañana siguiente se exhibirían en el mostrador de la *chocolaterie*, donde esperarían a los compradores junto con otras exclusivas delicias de ensueño.

Con un suspiro apenas perceptible, se relamió los restos de chocolate de los dedos, se lavó las manos y se quitó el delantal.

Había llegado la hora.

—¿Estás triste? —Su compañera, Colette, se acercó a ella, que se encontraba junto al fregadero—. Pareces muy... melancólica.

—Ay, sí. Es mi último día.

–Te echaremos de menos. –Colette se echó jabón en las manos y las puso bajo el chorro de agua–. Sobre todo, Luc. Ya se ha ido, por cierto. ¿Tenéis algo planeado para hoy?

–La verdad es que no tengo tiempo –dijo Viktoria poniéndose la chaqueta.

La chica le guiñó un ojo, cerró el grifo y agarró una toalla.

–¿Te has despedido ya del *maître* Bonnat, Viktoria? –preguntó entonces–. Está en el despacho.

–Ya lo sé. Ahora voy a verlo.

–¡Te tiene en tan buena consideración! No serás fácil de sustituir.

Viktoria asintió. Sabía que *maître* Bonnat apreciaba el trabajo que realizaba.

–A veces no nos corresponde elegir nuestro propio destino –dijo en un tono apagado–. ¿Estarás cuando salga? ¿O tengo que despedirme ya de ti?

Su amiga esbozó una sonrisa.

–Ve a despedirte de él sin prisa. Te espero para que volvamos a casa juntas –dijo. La muchacha vivía en la rue Carabonneau, no muy lejos de Viktoria.

–Vale. No tardaré mucho.

Salió de la sala de producción y se dirigió al despacho del propietario. Unos aromas fabulosos la acompañaron por las escaleras que conducían al piso de arriba, donde se ubicaban las oficinas de la empresa de gran abolengo.

Se detuvo frente a una pesada puerta de encina y titubeó. Le pareció oír voces que provenían del interior de la habitación, pero no estaba segura. ¿Y si el *maître* tenía visita y lo molestaba?

Por fin se atrevió a llamar. Esperó a oír el familiar «*Entrez!*» y abrió la puerta.

–¡Ahí viene! –exclamó una multitud de voces.

–¡Viktoria!

Alguien descorchó una botella de champán con gran estrépito y, antes de que se diera cuenta, se encontró rodeada de gente: el *maître* Bonnat, su esposa, los *chocolatiers*, las dependientas, los chicos de los recados... Solo faltaba Luc.

Colette entró detrás de ella con una gran sonrisa.

—¿Qué me dices? —preguntó en un susurro—. ¿Estás contenta?

La joven se había quedado sin palabras.

—¡*Mademoiselle* Rheinberger! ¡Parece usted asombrada! —exclamó el *maître* Bonnat, que llevaba plasmada en la cara la alegría por el éxito de la sorpresa—. ¿Cómo íbamos a dejarla marcharse sin una despedida como es debido?

—Yo... Yo... —tartamudeó—. Sí, bueno, no. No contaba para nada con algo así.

—¡Pues mejor! —exclamó Colette mientras servía el champán—. ¡A tu salud, querida mía!

Le ofreció a Viktoria una copa llena hasta arriba y a continuación la condujo al centro del despacho. El *maître* pidió silencio.

—*Mademoiselle* Rheinberger —empezó sin andarse por las ramas—. Cuando llegó a esta casa, lo hizo llena de ambición y dispuesta a conseguir experiencia en el puesto. Dos años más tarde, se ha convertido usted en una *chocolatière* extraordinaria.

—¡Bravo! —todos se deshicieron en aplausos.

—Su familia es muy afortunada de que vuelva a casa —prosiguió Bonnat—. Ha sido una suerte tenerla con nosotros. Conoce el oficio, pero, además de eso, tiene ideas propias. Una creatividad como la suya es un tesoro para cualquiera que trabaje con usted. Todos nosotros —dijo mientras señalaba a los presentes con un gesto— le deseamos lo mejor en los nuevos retos que la esperan. Aunque sabemos que no será fácil —añadió con un carraspeo—. Pero, por encima de todo, le damos las gracias: gracias por

formar parte de nuestra familia chocolatera. Estamos muy orgullosos y la recordaremos gracias a todas las creaciones que ha desarrollado durante estos años, y que por supuesto seguiremos produciendo. ¡A su salud!

El tintineo de las copas de champán llenó la estancia.

Conmovida, Viktoria bebió de la copa. Aquel momento le parecía irreal.

Uno tras otro, los trabajadores se despidieron de ella. Estrechó manos y repartió besos, respondió preguntas sobre su familia y la fábrica de chocolate que tenían en Stuttgart y prometió que escribiría.

Acto seguido apareció el *maître* con un cofre de madera en la mano.

—*Mademoiselle* Rheinberger. Quisiera ofrecerle este obsequio como recuerdo del tiempo que ha pasado en Voiron.

—Ay... No hacía falta...

—Le aseguro que sí que hace falta —le respondió mientras abría la cajita para que viera lo que contenía.

Sobre una base de terciopelo azul había un juego de diez utensilios con el mango de nogal para trabajar el chocolate, todos diferentes. Había tenedores de dos, tres y cuatro dientes, espirales, anillas e incluso una pequeña rejilla, todos con su correspondiente empuñadura de madera torneada. Eran ideales para aplicar coberturas a los dulces y a los bombones, y también para decorarlos con precisión.

—No... no puedo aceptarlo —tartamudeó Viktoria, pero Bonnat le dirigió una sonrisa afable.

—Claro que puede. —Entonces cerró la cajita y la puso en la mano de la muchacha con firmeza—. ¡Que la disfrute!

Ella acarició la madera pulida.

—Gracias, *maître*. La conservaré con orgullo.

—No lo dudo. ¡Úsela a menudo! —dijo tendiéndole la mano—. Pero no nos haga mucha competencia.

Aquello la hizo sonreír.

–Lo haré lo mejor que pueda.

El *maître* asintió.

–Le deseo lo mejor, *mademoiselle* Rheinberger. Le diré *au revoir* y no *adieu* porque me gustaría que volviéramos a verla aquí, en Bonnat.

2

Rue du Jardinnet, Voiron, dos horas más tarde.

EL LEVE CHASQUIDO de la puerta de entrada anunció su llegada. Viktoria sonrió para sí al oír los pasos de Luc mientras subía por los gastados peldaños de madera antes de llamar a la puerta con ímpetu y entrar de forma brusca sin esperar respuesta.

–*Ma belle!* –Como siempre, la estrechó entre sus brazos, la besó y la hizo girar en volandas hasta que ella le pidió sin aliento que parara. Él dio dos vueltas más antes de dejarla con cuidado en el suelo.

–¡Luc! –Viktoria se aferró a él hasta que se le pasó el mareo–. ¡Te has perdido mi fiesta de despedida! –dijo en un tono que no quería sonar a reproche, aunque era evidente la desilusión que sentía.

–Tenía mis motivos –respondió, estrechándola contra él.

–Ah... Y ahora te presentas aquí sin más, a sabiendas de que no quería que me molestasen –protestó ella–. Tengo que hacer las maletas.

–Si yo no vengo a molestarte... –Su acento del sur de Francia no hacía más que subrayar el aire travieso de aquellos ojos castaños–. ¡Vengo a secuestrarte!

–¿A secuestrarme? –Viktoria se soltó con cuidado y se acercó a la gran maleta abierta que había sobre la cama–. Mañana me voy y aún tengo muchísimo que hacer –dijo, y señaló los montones de ropa que yacían amontonados de

cualquier manera sobre el diván, las dos sillas de madera y la mesa que había en el centro de la habitación.

El joven paseó la mirada por todo aquel desorden.

–Mañana será otro día –dijo con una sonrisa–. Y hoy todavía estás aquí. ¿Qué me dices?

Ella suspiró. Así la despedida sería aún más difícil.

–Está bien, voy a cambiarme. Pero solo si me esperas abajo. –Después de casi dos años en Voiron, hablaba francés con fluidez–. Y ándate con ojo, no vaya a pillarte *madame Dupont*.

La sonrisa de Luc se ensanchó.

A decir verdad, él no debería estar allí, Viktoria tenía prohibidas las visitas masculinas. Pero como *madame Dupont*, la casera, era un poco dura de oído, no le resultaba muy difícil pasar sin ser oído frente a la puerta de sus aposentos para colarse en el piso superior de la casita de la rue du Jardin.

–Ya me voy –dijo lanzándole un beso–. ¡No me hagas esperar mucho!

Viktoria meneó la cabeza mientras él ya corría escaleras abajo. Luc era una fuerza de la naturaleza, espontáneo e impetuoso. Le llamó la atención desde su primer día en Chocolat Bonnat.

Recordaba a la perfección que estaba preparando una crema de pistacho que anunciaba un resultado desastroso... hasta que Luc acudió en su auxilio con un par de consejos muy acertados, gracias a los cuales pudo ofrecer al *maître* dos bombones de pistacho muy logrados. Después de aquello, sus sentimientos por él ya no tuvieron remedio.

Pero ¿qué pasaría cuando se marchara?

La vida cambiaría por completo. Al principio pensaba quedarse otro año más en Bonnat, pero los sucesos de las últimas semanas habían dado al traste con sus planes. Tenía que apoyar a su madre en aquellos tiempos difíciles. La muerte de su padre había dejado un vacío atroz.

Viktoría se aflojó el cinturón del vestido entallado de algodón azul cielo y se lo quitó. Conociendo a Luc, la llevaría al campo, así que se puso una blusa y una falda pantalón y se peinó con los dedos la rubia y ondulada melena que le llegaba hasta los hombros, y que el sol había llenado de reflejos dorados. Solía llevar el pelo suelto, solo se lo recogía para trabajar. Muy raras veces se hacía un moño bajo, el peinado de moda, que por muy bonito que quedara, a ella le resultaba incómodo. Por último, se puso unos zapatos con cordones y bajó.

SE ENCONTRÓ A Luc apoyado en la fachada mientras daba caladas indolentes a un cigarrillo junto a su motocicleta Peugeot P107. Al verla llegar, arrojó la colilla al suelo, se sentó a horcajadas sobre el asiento y la invitó a montar con un gesto.

—*On y va* —dijo antes de arrancar.

Viktoría se había conseguido colocar entre Luc y una cesta de pícnic que iba atada al portaequipajes, y lo abrazó por la cintura para no caer.

—¿Adónde vamos?

—¡Es una sorpresa! —exclamó él mientras aceleraba.

La motocicleta salió disparada con un petardeo. Por el rabillo del ojo, Viktoría vio cómo el nubarrón oscuro que el tubo de escape dejaba atrás rodeaba a un gato atigrado que se había quedado observando con curiosidad cómo arrancaban. El animal se apresuró a desaparecer dentro de la casa más cercana.

La motocicleta recorría veloz las calles y callejuelas de la ciudad, y Viktoría pronto sospechó adónde se dirigían. Era buena idea ir al lago de Paladru en una tarde tan bonita como aquella, aunque, lo que se dice original, no era. Ya habían estado allí muchísimas veces. Aquello no hacía más que aumentar su curiosidad por saber lo que Luc le tendría preparado en la última tarde que pasarían juntos.

Pegada a su espalda, disfrutó de los tres cuartos de hora que duró el trayecto. No era un tipo alto, ni atlético, sino más bien esbelto y nervudo. Llevaba el cabello castaño oscuro siempre revuelto y nunca iba bien afeitado. Tenía veinte años, la misma edad que ella, pero parecía mayor, cosa que tal vez se debiera a la piel tostada por el sol y a las pensativas arrugas de la frente, que no encajaban en absoluto con su aire despreocupado.

A Viktoria no le había quedado más remedio que aceptar que era muy popular entre las chicas. Apreciaba en él su sentido del humor y su inclinación por la cara más bonita de la vida, además de su ternura.

Iban de excursión siempre que el tiempo lo permitía: habían coronado la cima del macizo de la Chartreuse, habían recorrido crestas rocosas y valles de piedra caliza y se habían bañado en ríos que partían el paisaje en dos. En una ocasión, ella se rompió un brazo en una de aquellas excursiones y él no se separó de su lado hasta que acudieron en su auxilio. En otra ocasión, habían realizado un osado recorrido en motocicleta que no parecía tener fin hasta llegar al mar Mediterráneo, donde habían pasado una noche en la playa y habían compartido una *baguette* y una botella de vino tinto bajo la luz de la luna. Viktoria sufría el agotamiento de aquellos viajes durante días, pero eran experiencias bellas e inolvidables.

—¿Estás bien? —preguntó él por encima del hombro, como si le leyera la mente.

—Sí, ¡no podría estar mejor! —respondió mientras trataba de apartar de su pensamiento la despedida inminente. Mañana sería otro día, como él había dicho. Todavía estaban juntos.

Se concentró en el paisaje que discurría a toda velocidad ante sus ojos. Campos y prados, bosquécitos de castaños, robles y hayas, las casas de los pueblos por los que pasaban. El viento que le acariciaba el pelo era cálido y agradable, propio del mes de junio.

En cuanto pasaron de largo del pueblecito de Charavines, Viktoria se enderezó. A la derecha, el azul turquesa del lago refulgía entre las ramas de los árboles y los matorrales que separaban la carretera de la orilla. Finalmente, Luc se salió del camino y la Peugeot P107 avanzó unos cuantos metros por un terreno irregular hasta detenerse junto a un roble gigantesco, cuyas pesadas ramas se inclinaban sobre el lago. Con un restallido sordo, el motor enmudeció.

Se giró hacia Viktoria.

–Ya hemos llegado.

–¡Ah! –dijo apeándose de la moto mientras él aparca y sacaba la cesta de pícnic del portaequipajes–. ¿Vamos a tomar algo aquí?

–Aquí no. ¡Ven!

La tomó de la mano y echaron a andar junto a la orilla. Los pasos crujían sobre la gravilla, las delicadas olas del lago lamían con un chapoteo silencioso el pequeño terraplén que conducía al agua.

Al poco, Viktoria vio un bote de remos en un rincón.

–¿Haremos una expedición en barco?

Él rio por lo bajo.

–Pues sí –contestó y le soltó la mano. Se acercó al bote y dejó la cesta en el interior. Entonces se giró hacia Viktoria, que se había acercado a él–. ¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

–Pues claro que me acuerdo. Acabé con los pies empapados.

–Ese bote tenía una fuga, pero este parece que está bien.

–¿Lo has traído tú? –preguntó.

–He pedido que lo trajeran. A un pescador –respondió Luc mientras se afanaba en meter la barca en el agua. Viktoria se puso a su lado para ayudarlo a empujar y, unos minutos después, el bote se deslizaba sobre la superficie del agua.

—Ahora ya sé adónde querías traerme —dijo ella mientras observaba a una madre pato acompañada de sus cinco patitos, que nadaban junto a ellos—. Pero no tengo ni idea de qué sorpresa me espera aquí. ¿Tal vez un monstruo, como el del lago Ness?

Luc se echó a reír de una forma muy sugerente mientras continuaba adentrándose en el lago a golpe de remo, hasta que el tono verde azulado de la orilla dio paso a un profundo azul oscuro. Al lago de Paladru también lo llamaban *lac Bleu*, el lago azul, y con razón. Se contaban innumerables leyendas sobre aquellas aguas y sobre la *Dame Blanche*, la Dama Blanca, que desapareció con su amado en el lago siglos atrás. Desde entonces se la veía a menudo por el lugar.

Era evidente que ellos no iban a desaparecer, pero ¿y si él se disponía a mostrarle uno de los lugares en los que se aparecía la Dama Blanca?

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo él entonces, como si le leyera el pensamiento.

—¿Aquí?

Viktoria miró a su alrededor. Se encontraban a medio camino entre la orilla este y la oeste del lago alargado, que en aquel punto debía de tener cerca de un kilómetro de amplitud.

Él asintió y metió los remos dentro del bote.

—¿Vamos a pescar? —preguntó Viktoria.

—Espera un momento. —Luc había agarrado la cesta de pícnic para colocarla sobre la banqueta de madera que había frente a ella.

—¿Tienes ahí el cebo?

—Se podría decir que sí —dijo y sonrió de oreja a oreja.

—Ay, Luc, no, no... —replicó Viktoria con aire apurado—. Ya sabes que yo no...

—No se trata de eso, *ma belle* —dijo él en un tono algo molesto.

–Perdona, por favor –dijo Viktoria, que se arrepintió enseguida de su reacción precipitada–. No insinuaba que te propusieras hacer nada indecente.

–Bueno, un poquito sí –respondió él inclinándose ante la cesta para desabrochar las correas de cuero–. Ya sé lo que opinas de esas cosas.

La joven suspiró. Los franceses se tomaban muy a la ligera eso del *amour*.

–Pero sí que podría decirse que en la cesta hay un cebo –siguió él mientras levantaba la tapa y sacaba un mantel de cuadros blancos y rojos–. Al menos, algo para que no me olvides.

Viktoria se asomó curiosa para ver lo que había en la cesta.

–¿Tarritos en hielo?

–Exacto –respondió Luc mientras extendía el mantel. A continuación, empezó a sacar los tarros de cristal uno detrás de otro y los dispuso en dos hileras.

–¡Ah! ¿Es chocolate?

Él asintió a la vez que abría el primer tarro.

–Vamos a hacer un pícnic de chocolates.

Viktoria aplaudió entusiasmada.

–¡Es una idea maravillosa, Luc!

–¿A que sí?

–Te perdono que no estuvieras esta tarde en la fiesta. Debías de estar ocupado preparando todo esto.

–La verdad es que sí. –Con una sonrisa de satisfacción, le tendió un palillo de madera con un bombón ensartado en un extremo–. ¡Prueba este! Pero con los ojos cerrados.

Aceptó el palillo, cerró los ojos y se lo metió en la boca.

–¡Es un... *Pralin Sport*! Sí, desde luego, qué aroma más intenso a avellanas tostadas.

–¡Lo has adivinado!

–¡Pues claro! –Viktoria abrió los ojos–. He vendido un montón de ellos a turistas que se van de excursión.

–Ahora prueba el siguiente. –Luc abrió otro tarro y se lo ofreció.

Ella tomó uno de los triángulos recubiertos de chocolate y clavó los dientes en la cobertura crocante.

–Un *Gâteau Sphinx en miniature*. Riquísimo. ¡Anda que no pasamos tiempo trabajando en ellos!

–Desde luego. Y nos salieron buenísimos –recordó él y se metió uno en la boca–. El relleno de merengue es fantástico.

A continuación, abrió el resto de los tarros y dispuso, una a una, las distintas creaciones sobre el mantel para que Viktoria las probara.

–Llevo semanas reproduciendo las mejores recetas de Bonnat. Esta, por ejemplo –dijo mostrándole un pastelito rectangular–. Nuestro *plum cake*, con ron de verdad –explicó mientras se lo tendía con un guiño.

–Mmm... –murmuró ella con la boca llena–. ¡Qué buena idea lo del ron!

Luc le guiñó el ojo de nuevo.

–Y se me ocurrió otra cosa un poco... digamos, peculiar. –Metió la mano en el cesto y sacó una *baguette*, una botella de champán y una cajita–. ¿Sabes qué es lo que más me gusta desayunar? Una *baguette* con chocolate.

Viktoria asintió entusiasmada.

–Como un *pain au chocolat*. Eso lo comía en casa.

–¿Ya lo has probado?

–Pues sí. En Stuttgart, desde hace algunos años, se vende un chocolate que se puede untar en el pan.

–¿Lo fabrican tus padres?

–No, otra empresa.

–Vaya, y yo que creía haber inventado algo novedoso –dijo él con un movimiento teatral de la cabeza–. Bueno, sea como sea, te presento mi *pain au chocolat*. ¡Seguro que está más bueno que el de la competencia! –exclamó mientras partía la *baguette* y abría la cajita metálica–. Es chocolate con leche en polvo y vainilla, nada más.